EMPRESARIO PATRIOTA

Ediciones en Lenguas Extranjeras
RPD de Corea
110 de la era Juche (2021)

EMPRESARIO PATRIOTA

Ediciones en Lenguas Extranjeras
RPD de Corea
110 de la era Juche (2021)



Song Tae Gwan

(29 de agosto de 1912-11 de enero de 1994)

PREFACIO

Dicen que tomar la pluma tiene su motivo.

Lo hice yo no por una extraordinaria experiencia de la vida o por un talento literario.

Una vez un periodista joven me acudió con la intención de escribir un libro sobre mi padre. Al escucharle me cautivó el impulso de escribir yo misma la historia de mi progenitor, aunque fuera inexperta en esa materia. Sería mejor anotar sin más ni menos mi sentimiento que las letras pulidas de los profesionales. También se me ocurrió que en el mundo existen muchas narraciones de la madre, pero pocas del padre.

Impulsada por tal idea tomé la pluma con audacia pensando que sería posible si escribo los hechos pasados sin adición ni omisión alguna aunque soy muy pobre en ese talento. Pero no intento en modo alguno hacer alarde de mi padre.

La vida de mi padre fue una trayectoria dedicada a cobrar el dinero.

–Ya es tarde mañana.

Así solía decir mi padre desde que yo era pequeñita. Aún está

grabada en mis pupilas la imagen de mi padre de aquel tiempo que trabajaba día y noche partiendo minuto y segundo.

Fue un hombre corriente, un empresario privado que perseguía solo el dinero en toda la vida. ¿Cómo pudo él ser un mártir patriótico?

A través del libro quiero dar a conocer a todo el mundo la historia de cambio de la vida de mi padre.

Song Song Hui

ÍNDICE

1. Mi padre

Desde la infancia yo crecía apoderándome del amor del padre. No sé por qué, quizás fuera yo la benjamina de 7 hijos o me parecía tanto a él, pero me amaba más que nadie y prefería llevarme siempre adondequiera.

Desde que tuve uso de razón me decía que ocupara el primer lugar en cualquier cosa y escatimara el tiempo contando sus pasados aleccionadores al respecto.

Así que pude conocer los detalles del pasado de mi padre y el "secreto" de su vida desconocidos a mis hermanos mayores. Por supuesto tal secreto de la vida no tenía nada que ver con hechos asombrosos como algún incidente sorprendente, un asesinato o un robo.

Nunca fue un hombre que vivía con un secreto de la vida.

Ni se llevaba la billetera y ¿qué cosa habría podido guardar en secreto?

El tiempo no le permitía ni virar la vista hacia atrás. Le faltaba siempre el tiempo sólo para atender las cosas iniciadas y trazar las futuras

Algunos suponían que mi padre Song Tae Gwan fuera el

hijo de un empresario adinerado o heredero de una familia acomodada, pero en realidad fue el hijo de un monje budista que con la chaqueta negra y el rosario en el cuello tocaba la matraca de madera repitiendo *Loado sea Buda Amitaba*. Es una historia extraña de su destino y voy a iniciar mi narración con ella.

Hijo del bonzo

A mediados del siglo 19 se dio a luz un varón en una familia campesina pobre en el distrito Hoedok de la provincia de Chungchong de Corea.

A pesar de la precaria situación económica el bebé constituía alegría de la familia y creció a palmos.

Pero tal felicidad fue efímera ya que sus padres fallecieron dejando a los hijos como huérfanos.

Sin amparo alguno, el niño, junto con su hermana mayor, empezó a vagabundear pidiendo limosna, ocasión en que perdió hasta a ella. Caminó sin ningún destino hasta llegar a Hyangsan de la provincia de Phyong-an del Norte.

Debido a la enfermedad y el hambre no pudo moverse más y se cayó en el camino. En aquel momento un bonzo que andaba por limosna lo encontró moribundo y se lo llevó al templo compadecido de su estado miserable.

Aquel niño fue mi abuelo Song Kyong Hwan. Así que el niño se hizo bonzo.

El tiempo corrió como relámpago y el niño llegó a la edad tercera.

Cierto día primaveral mi abuelo pasaba por la comuna Janghung del distrito Sukchon, en que delante de un pozo pidió agua a una mujer que estaba lavando el arroz con el fin de aliviar la sed. Y fue cautivado del aspecto pulcro de ella que le servía la totuma de agua con las manos blancas. En aquel tiempo mi abuelo tenía 63 años de edad.

Enamorado de ella no podía calmar la pasión amorosa y al fin y al cabo abandonó la vida budista.

Luego de retornar a la vida laica vivió labrando la tierra y la huerta que había comprado con el dinero amasado. La mujer dio a luz primero a dos hijas y luego a un varón (Song Tae Gwan, mi padre) el 29 de agosto de 1912 cuando el marido cumplía 68 años.

¡Cuán alegría habría tenido mi abuelo a esa edad de postrimería! Recorrió toda la aldea para conseguir miel. Al ver a mi abuelo andar en busca de miel las personas se mostraron muy asombradas preguntándole si su mujer volvió a dar a luz.

A tales incógnitas mi abuelo, con la sonrisa en el semblante, contestaba que acabó de ser padre del hijo.

Desde el nacimiento mi padre monopolizó también el amor de la abuela. Ya tenía tres hijos, pero fue extraordinario el amor hacia el benjamín, nacido de la relación predestinada con el bonzo. No sé si su atención se nutría de la inteligencia extraordinaria de mi padre.

Después de que este terminó el curso de la escuela primaria la abuela lo envió a la escuela secundaria Sungdok de Nyongbyon, localidad situada muy lejos de la tierra natal. A tercer año del estudio secundario el padre recibió una comunicación urgente por parte de la abuela de que regresara pronto y manejara los bienes familiares.

En aquel tiempo la abuela contaba con el huerto de unos 40 manzanales, pero la totalidad de los ingresos la consumían en los juegos de azar sus hijos de ex marido. Por eso llamó al benjamín ingenioso y honesto.

Así mi padre abandonó el estudio secundario y se enfrascó en el negocio. Aquellos 40 manzanales fueron la totalidad de su capital. Cómo hacer el dinero con esos árboles y cómo multiplicarlo era una prueba de averiguar si él tenía o no el don de empresario.

El padre optó por el modo diferente de los hermanos jugadores de azar que se dedicaban al comercio itinerario. Primero, las manzanas que ponían en venta en Sinuiju las transportó a Kanggye en que las vendió al precio doble. En las localidades interiores como Kanggye eran cosas muy raras las manzanas.

Sin despilfarrar ni un centavo entregó toda la ganancia a la abuela. No podía saber cuánto cobró, pero la abuela que lo esperaba ansiosamente en el paso de la cuesta se sorprendió mucho ante el montón de los billetes hasta sospechando la fuente.

Mi padre fue muy riguroso en el ahorro. Nunca iba a algún comedor ni a la taberna y escatimaba el dinero aun en comprar los platos.

Pero no era jamás un tacaño. Aunque ganaba mucho dinero en la vida, no invirtió nada para su lujo personal ni en negocios no lucrativos.

Para el viejo Grandet de la novela *Eugenia Grandet* de Balzac fue un gran placer de vida sacar sigilosamente las monedas del saco a medianoche y escuchar el sonido de ellas golpeando una tras otra. Mi padre amasó el dinero terriblemente, pero conocía mejor que nadie en qué gastarlo. (Voy a narrarlo en detalle más tarde.)

Resultó muy exitoso el primer negocio del padre. Parecía que él tenía un don de ganar dinero.

Desde entonces el padre intervino en varios negocios como el comercio al por mayor preparando así los fundamentos para el futuro empresario renombrado.

El casamiento con mi madre Kim Thae Bok en 1935 sirvió también de un fuerte sostén en su vida empresaria.

Mi abuelo materno Kim In Gu había sido el soldado de guardia del palacio real cuando joven. Luego de la disolución forzada del ejército coreano por los japoneses se ingresó en la escuela religiosa de Pyongyang Este por ayuda de un fulano y se hizo pastor luego de graduado.

La madre que nació en tal familia era de carácter dócil y tenía nobles virtudes. Creció sin preocupación bajo la atención minuciosa del padre pastor. Cuando recibió la propuesta matrimonial ella misma decidió visitar la comuna Janghung, tierra natal de mi padre. Pero al ver a su pretendiente meneó la cabeza pues no le gustaba tanto la aldea rústica como aquel. Iba a regresar de inmediato a Pyongyang. Pero mi padre la impidió, lo cual hace vislumbrar su carácter. Fue una persona que ponía punto final a cualquier cosa si se le apetecía.

El temperamento de empresario dotado de inteligencia y decisión funcionó.

–Vamos a Pyongyang. –el padre, tapando el paso, dijo a la muchacha– Si no le gusta el lugar, yo también iré a Pyongyang. No me importan la tierra y el huerto. Venderé toda mi propiedad.

Mi padre fue una persona ordinaria de labios gruesos y rostro cuadrangular. Pero su carácter varonil que decidió en un instante el problema de mayor importancia de la vida cautivó a la visitante crecida sin vicisitudes. Parecía que la ató con sogas gruesas. Ni abrió la boca y solo rasgaba el suelo con la punta del zapato con la cabeza agachada.

Así mis padres residieron en Pyongyang. A mi parecer el casamiento de ellos tiene algo semejante con el de los abuelos.

La unión del hijo de monje y la hija de pastor, o sea budista y cristiana bajo la misma meta de negocio me provoca siempre una sensación muy extraña. No sé cómo expresarla. Me da lástima mi precario talento literario.

En Pyongyang se le abrió a mi padre nueva esfera de actividades. Primero desplegó el descascarillado de arroz en Taephyong y luego se enfrascó en la venta al por mayor. Con el paso del tiempo sus negocios acogieron prosperidad. Se

amontonaron los billetes, se extendieron las relaciones sociales y se consolidó la fama como empresario.

Pero el auge no duró mucho. Ya que la guerra del Pacífico entraba en su fase de culminación y por consiguiente, la política de expropiación de los japoneses sobre el pueblo coreano se encrudecía cada día más.

Los japoneses exprimían cruelmente a los coreanos. Extraían hasta el aceite de ricino y de carbón de pino pregonando que una gota de aceite equivalía a una gota de sangre.

El negocio de mi padre no fue una excepción. Decaía día tras día y el padre se quedó desesperado.

En ese período ocurrió un gran acontecimiento que era liberación de la patria (15 de agosto de 1945), que trajo un cambio dramático al destino del padre. Todo el país estaba lleno de júbilo y alegría. Los manifestantes desfilaban las calles gritando "¡Viva la liberación de la patria!" y en los mítines, reuniones de todo tipo que se celebraban diariamente bajo techo o al aire libre los conferenciantes clamaban por el camino futuro de nueva Corea.

Era un tiempo en que todos se autodenominaban como héroe y patriota. En tal caos elementos malsanos y reaccionarios disfrazados de "patriotas" y "revolucionarios" amenazaban a

las personas escupiendo abusivamente la palabra de dictadura del proletariado.

Dadas tales circunstancias la alegría del padre fue efímera. Circulaban rumores espantosos de que el partido comunista liquidaría toda clase de capitales para dejarlos en la posesión colectiva. Enseguida los reaccionarios camuflados de “jefe del puesto de seguridad pública” o “jefe del destacamento de autodefensa” empezaron a chantajear a los capitalistas y arrastrarlos. Mi padre empezó a distanciar poco a poco a las personas.

Corrió el rumor de que fue capturado el doctor Ri Pyong Hun, amigo de mi padre. Decían que aquel era el elemento projaponés que vivió lujosamente con su hospital privado y la esposa japonesa.

No podía evitar tal destino también mi padre, protagonista del rumor de que había amasado enorme cantidad de dinero con su empresa privada. Como se esperaba, un tal jefe de la sección de inspección (fue un empleado del departamento de tributos de Pyongyang antes de la liberación) vino con las personas armadas para registrar la casa.

Exigió que entregara el oro y la lista de propiedad escondida amenazando que el partido comunista liquidaría no solo a los

terratenientes, los capitalistas y los elementos projaponeses sino también a los empresarios privados.

Fue un período de confusión caótica. Aunque el país estaba liberado reinaba un desorden inenarrable en todas partes.

Muy sorprendido ante tal situación el padre decidió la huida con la idea de desenvolver el negocio en la parte sureña, en Seúl. Alquiló dos barcos motorizados para cargar cemento y melaza de maíz. Por supuesto se llevó los lingotes de oro escondidos.

Las naves pusieron anclas en el puerto Inchon, en que el padre, gracias a la ayuda de uno de sus amigos empresarios, reclutó a los peones y los camiones para llevar las cargas a Seúl. Allí también los amigos le ayudaron en varios aspectos.

Pero ocurrió un hecho inesperado, pues el departamento de administración militar norteamericana expidió el orden de arresto sobre mi padre por el supuesto robo de bienes enemigos.

Uno de sus amigos le ayudó evitar el peligro y el padre se vio obligado a esconderse en el desván de un callejón apartado.

En aquel entonces dicho departamento confiscaba hasta los bienes privados bajo el rótulo de propiedad enemiga amenazando que ejecutarían a los robadores de materiales como medicinas, máquinas y equipos, cemento y pólvora. Era inútil razonar con

ellos. Su amigo le recomendó la huida explicando que por poco pudiera pasar la vida restante en la cárcel.

Pero, ¿a dónde?

Ya se había huido del Norte. La idea de que tenía que subsistir escondido en la tierra liberada lo desilusionaba tanto.

En aquel tiempo Seúl bullía de la emoción pues circulaba el rumor de que el General Kim Il Sung que retornó triunfalmente a la patria podría estacionarse en esta ciudad.

Se ha fundado el comité preparatorio de bienvenida al general Kim Il Sung con el señor Hong Myong Hui como su presidente. Cada día cientos de miles de ciudadanos se aglomeraban en la estación Seúl. Uno de aquellos días el padre también se dirigió a la estación junto con las masas y quedó petrificado al ver su foto pegada en una pared frente a ella. Fue un anuncio público de la policía sobre los criminales. Decía que el padre fue un espía del Norte. Fue evidente que los norteamericanos lo iban a detener.

Aunque el padre se atormentaba mucho no tenía a dónde quejarse. Al pie de la letra estaba en una situación muy desesperada.

Un día su amigo le gritó subiendo al desván que bajara de pronto.

El padre pensó que ya le llegó el momento crítico y los enemigos localizaron su morada. Se oyó el murmullo de gente abajo. Caído en un estado de postración le siguió a su amigo.

Muchas personas se reían y charlaban abajo. Se le antojaba que todas ellas fueran policías con grillos o espuelas en las manos. Pero la verdad es que ellas esperaban el programa de radio de Pyongyang. Decían que pronto el general Kim Il Sung pronunciaría el discurso triunfal. El padre tomó también un asiento.

Poco después se comenzó el discurso. Aquel día era precisamente el 14 de octubre de 1945. El padre lo escuchó conteniendo la respiración sin darse cuenta de las lágrimas por sus mejillas.

Especialmente, las palabras del General Kim Il Sung de que llamaron a aportar a la construcción de un Estado democrático con las fuerzas quienes las tuvieran, el conocimiento quienes lo poseyeran y el dinero quienes lo tuvieran conmovieron profundamente a mi padre.

Cada vez que recordaba aquel día, mi padre decía muy emocionado:

–Verdaderamente se me abrió a la vista un camino ancho como si lo iluminaran los rayos solares. No podéis imaginarlo. Solo los experimentados pueden percibirlo. Me da lástima que

no puedo expresarlo con las palabras. No encuentro palabras adecuadas para expresar nuestra emoción al escuchar el discurso del General.

En verdad las palabras del General eran un llamamiento lleno de amor y confianza que conmovieron a todos los coreanos, como un faro que ilumina el camino a seguir la nueva Corea.

Razón por lo cual, el padre, con lágrimas de impresión, se decidió a regresar a Pyongyang para hacer aporte por pequeño que sea a la construcción del país.

Así mi padre se dirigió otra vez al Norte. Al principio intentó ir a Kaesong en tren. Pero, al ver a los policías inspeccionar a cada viajero comparándolo con las fotos de personas para la pesquisa (entre ellas figuraba también la foto de mi padre) cambió de idea, se dirigió a la isla Kanghwa y desde allí cruzó el mar aprovechando la bajada de la marea.

¿Qué le hizo tomar tal decisión audaz? Estoy seguro de que el padre habría atravesado el mar recordando vívidamente las instrucciones del General Kim Il Sung de que todos deben aportar a la construcción del país consagrando cada cual con sus fuerzas, su conocimiento y su dinero. Aquel día un amigo suyo le acompañó hasta la isla Kanghwa.

¿Qué habrían pensado en aquel momento los dos amigos

empresarios: uno hacia el Norte y otro en el Sur? Jamás hubieran conocido qué destinos tan diferentes les esperaban.

Hasta el último momento de su vida mi padre no conoció nada de sus colegas en el Sur incluyendo aquel amigo que le había despedido con lágrimas.

Si aún sobrevivieran ellos, mis notas les servirían de un recuerdo emocionante.

Siguiendo a luces solares

La primera primavera después de la liberación nacional se aproximaba paulatinamente prometiendo a las personas una nueva esperanza.

Mi padre que vino a Pyongyang luego de pasar el mar furioso a riesgo de la vida reinició las actividades empresariales. Previó que en la patria liberada se construirían escuelas y un montón de niños marginados del estudio durante la dominación colonial tendrían el derecho al estudio.

Para ello era indispensable la producción de lápiz. Aunque esta parecía insignificante, fue en realidad cosa muy apremiante y preciosa. Mi progenitor decidió depositar su destino en ese instrumento de escribir.

Tenía cierta cantidad de materias primas y materiales. En las

estaciones ferroviarias estaban amontonadas las maderas que los japoneses habían abandonado al arruinarse.

Y le tocó doble suerte. En el camino de regreso de una estación de carga se guareció de la lluvia bajo el alero de una casa, ocasión en que oyó a tres hombres discutir el modo de subsistencia. Fueron carpintero, tornero y productor de barra de carbón en una fábrica eléctrica.

Mi padre no pudo contener la alegría por poder de inmediato iniciar la producción de lápiz al contar con la ayuda de ellos, quienes aceptaron de buena gana su propuesta.

Así que alquiló una casa situada en el entonces municipio So de Pyongyang y compró un torno para madera y un ventilador. Reclutó a ocho obreros y trajo de Kanggye el grafito.

Al cabo de cierto tiempo logró producir lápices, a que puso la marca *Samchonri* (1,200 kilómetros) en sentido de representar el país de dicha distancia de largo.

Aunque el producto no pasaba de ser una cosa pequeñita, nadie podía prever entonces que esta embellecería con letras doradas la vida de mi padre.

La producción diaria de lápiz llegaba a 300 piezas. Con la divulgación de esta noticia un buen número de personas visitó a la fábrica anónima hasta aquel tiempo.

Ni en sueño se imaginó mi padre de que la noticia fuera informada al General Kim Il Sung.

Según supe en un día posterior, fue la misma Heroína antijaponesa Kim Jong Suk quien se la dio parte primero. Luego de informársela añadió que quería recorrer la fábrica y vino a la fábrica junto con su hijo (Dirigente Kim Jong Il).

Un funcionario acompañante durante aquella visita recordó que el gran Líder Kim Il Sung se había mostrado muy satisfecho ante la noticia de la producción de lápiz hecha por mi padre.

El 3 de febrero de 1946 fue para mi padre un día de suma importancia o sea que decidiera el rumbo de su toda la vida restante. A la hora de almuerzo salía de la entrada de la fábrica y vio un coche parar cerca de ella, del cual se apeó una persona joven de estatura alta y acercarse a la fábrica. No pudo conocer que era el mismo General Kim Il Sung a quien veneraba todo el pueblo como el Sol de la nación.

El huésped de estatura esbelta puesto de abrigo con el faldón al viento tenía facciones bien proporcionadas, ojos resplandecientes y hoyuelos impresionantes. Parecía que era una persona extraordinaria y la había encontrado una vez en el pasado.

Se acercó a donde estaba mi padre boquiabierto para preguntar

si era aquella la fábrica de lápices. A la respuesta positiva volvió a preguntarle si conocía dónde se encontraba el señor Song Tae Gwan. Al escuchar su nombre mi padre se sorprendió mucho y replicó en tono aturdido que era él a quien buscaba el visitante.

Se quedó muy alegre y le saludó diciendo que le encantaba verle en persona.

Mi padre evocaba que solo en ese momento se volvió en sí. La apariencia elegante, la sonrisa amplia, la voz sonora, los ojos resonantes y las maneras nobles decían que era el General Kim Il Sung.

Un destello apareció de repente ante sus ojos. Una emoción inenarrable capturó todo el cuerpo de mi padre. Es por eso que no pudo saludarle como era debido cuando el General le apretaba las manos.

Sus palabras emocionaron mucho al padre, dejándolo tan impresionante que no pudo abrir la boca ni respirar.

El visitante dijo que vino a ver el proceso de producción de lápices y se dirigió al local de trabajo seguido de mi padre.

Se llamaba fábrica por decir y en realidad era un lugar de trabajo sucio lleno de polvareda de grafito y carbón donde trabajaban los obreros.

Con la sonrisa amplia el Líder se dirigió a donde sonaban

ruidos de máquinas. El dueño no tenía otra opción más que seguirle.

Miró un buen rato el local y dio pasos a donde daban ángulos a los cilindros de madera con el cepillo manual. Alabó que hacían cosa útil y preguntó cuántos obreros trabajaban allí.

A la respuesta de que trabajaban ocho obreros volvió a preguntar la superficie productiva de la fábrica.

El padre le contestó que tenía unos 350 metros cuadrados.

Y el General se dirigió a donde estaba instalado el cepillo mecánico de hacer ranuras para barras de grafito.

Miró un rato el trabajo y preguntó de dónde traían la madera y el grafito.

El padre contestó que la madera la consiguen en varias localidades de la zona de Kanggye y el grafito en la mina Tongbang también de la misma región.

Al conocer que usaban la madera de tilos enseñó que también podían utilizar la madera de pino piñonero. A continuación, preguntó cuántas piezas producían diariamente.

A la respuesta de que fabricaban cada día 1,500 piezas indicó que el grafito es un mineral abundante en nuestro país, que producir por propia cuenta los lápices con la materia prima abundante en el país era cosa muy loable y que el grafito de

Kanggye era el mejor de sus variedades.

Tomó una pieza de lápiz y recordó que durante la lucha guerrillera antijaponesa los guerrilleros aprendían letras con la arena por falta de ellos. Continuó que el lápiz es muy precioso, se preocupó mucho de él en la patria liberada y al escuchar del señor Kang Ryang Uk la noticia de la fábrica no pudo contener la alegría y vino a visitarla.

Y pidió que lo guiara al local de hacer las barras de grafito. El padre le dijo que era un lugar muy sucio, inapropiado para la visita del General, pero este expresó que no le importaba.

Ante el horno de secado de carbón intercambió saludos con los obreros y señaló que debían transformarlo en un horno eléctrico.

Ante la máquina miró un rato la producción de barras de grafito y elogió a mi padre y demás obreros llamándolos patrióticos anónimos. Resolver el problema de lápiz –dijo– no es una simple labor de trabajo sino una cuestión política de gran importancia destinada a realizar exitosamente la construcción de nueva Corea democrática. La política de esclavitud colonial del imperialismo japonés dejó solo en Corea del Norte a más de 2 millones 300 mil analfabetos. Nos incumbe la tarea de dar estudio a millones de nuestros preciosos niños y la dificultad

más penosa en cumplirla es el problema de lápiz. En el pasado nuestro pueblo sufrió todo tipo de vicisitudes bajo la dominación despótica del imperialismo japonés siendo analfabetos, pero querían dar lápices a sus nacidos para enviarlos a las escuelas. Fue un anhelo tan secular de nuestro pueblo no menos que el anhelo del campesinado de labrar su tierra propia en la patria liberada. Debemos satisfacer sin falta ese deseo secular del pueblo. Nunca podemos permitir que la carencia de lápiz estorbara la educación.

A decir francamente mi padre no estaba seguro entonces de la perspectiva de su empresa de lápiz.

Pero ese día el General Kim Il Sung lo alabó mucho por la producción de lápiz llamándolo patriota anónimo. Señaló que esta no es una simple labor de trabajo sino una de suma importancia para el futuro y prosperidad del país y lo estimuló para que hiciera mayor aporte a la causa de construcción del país.

Luego el visitante dio pasos despacio al local de acabado, donde olía intensamente a gelatina y laca.

Sin hacer caso de tales olores el Líder se acercó al obrero que laqueaba los lápices. Aceptó de buena gana el saludo del operario, escogió una pieza de lápices de color amontonados en un rincón y la miró de hito en hito.

Con el cuchillo ofrecido por mi padre el General afiló en persona el lápiz, con que escribió letras en la libreta. La barra de grafito, por la dureza un poco fuerte, no marcaba bien las letras.

Pese a todo, se mostró satisfecho diciendo que aunque aquellos lápices revestían ciertos defectos en la calidad resultaban exitosos en el sentido de que eran productos nacionales hechos por primera vez en nuestro país. El dueño de la fábrica lo miró con lágrimas en los ojos.

El General, con las manos en los hombros de mi padre, le expresó que como reza un refrán el árbol no cae al primer golpe y podían mejorar la calidad al seguir esforzándose más.

Mi progenitor le contestó que producirían lápices de calidad. Ante tal respuesta el Líder preguntó esta vez sobre el suministro de los productos.

En aquel tiempo los comerciantes de todas las provincias compraban los lápices de esa fábrica y la producción no cubría todavía sus demandas. Al escuchar tal situación el General le dijo en qué podía ayudar el gobierno para mayor producción de lápices.

El dueño le pidió que distribuyera un camión y autorizara la tala del bosque de pino piñonero de la zona de Kanggye y el uso del edificio de la planta de rábano salado en el barrio Kyongnim

manejada por los japoneses antes y ahora abandonada.

El compañero Kim Il Sung le señaló que el gobierno daría un gran edificio para la fábrica, resolvería los equipos necesarios como el camión, el horno eléctrico, el grafito y le destinaría el bosque de tala en la zona mencionada y le recomendó que produjera mayor cantidad de lápices de calidad e hiciera a gusto también otros negocios.

Ese día el General dio valiosas instrucciones y tomó medidas importantes a favor de mi padre y los obreros y abandonó la fábrica luego de pasar mucho la hora de almuerzo.

Despidiendo al visitante hasta que su coche se perdiera de la vista el padre no pudo contener la emoción por su solicitud.

El 20 del mismo mes el compañero Kim Il Sung convocó la primera sesión del Comité Popular Provisional de Corea del Norte, en que el problema de lápiz se puso sobre el tapete como la primera agenda.

Otro día el gran Líder evocó con gran emoción aquella cita histórica.

Ustedes –recordó– tienen que saber bien los esfuerzos incansables de nuestro Partido dados a resolver el problema de lápiz desde los primeros días de la liberación hasta la fecha.

Cuando luchábamos con el fusil en la mano contra los ocupantes japoneses no pensamos que en la patria liberada se pudiera presentar como un asunto de urgencia el problema de lápiz. La alfabetización llevada inmediatamente después de la liberación nacional los demandaba con mayor urgencia. Sin embargo, entonces no había fábrica de lápiz en nuestro país. Es por esta razón que en la primera sesión del Comité Popular Provisional de Corea del Norte tratamos el problema de lápiz como la primera agenda.

Kim Il Sung, aunque estaba muy ocupado por la construcción de nueva patria después de la liberación nacional, concedió una gran importancia a ese pequeño problema de lápiz.

Sorprendentemente mi padre también prestó atención a dicho problema. Cierta vez le pregunté cómo había interesado en los lápices en aquel tiempo. Entonces, el padre, con la sonrisa en el semblante, me replicó que en ellos había visto la ganancia.

¡Ganancia! Por supuesto no existe en el mundo un empresario que no la persigue.

Pero mi padre, con ojos lagrimosos, añadió: las palabras del Líder de que todos contribuyeran a la empresa de la construcción del país con la fuerza los que la tuvieran, con el dinero los que lo tuvieran y con los conocimientos los que los poseyeran, le

iluminó el camino a seguir y por eso pasó a nado el mar furioso con una decisión de a muerte.

El 16 de abril del mismo año el Líder dijo al secretario jefe del Comité Popular Provisional de Corea del Norte Kang Ryang Uk por qué no distribuyó el camión a la fábrica de lápices y subrayó que debían ofrecérselo antes que nadie.

Después volvió a llamar al señor Kang para encargarle la distribución del camión dentro de ese día y pedirle que transmitiera su encomienda de que produjeran mayor cantidad de lápices de mejor calidad.

El Líder hizo pertenecer a la fábrica de mi padre cierta superficie de árboles de tala del monte Oga de la provincia de Jagang, envió los grafitos de una mina y el nuevo camión, así se encargó del egreso entero.

A decir francamente mi padre construyó esa fábrica para sacar provecho y a lo sumo donar cierta cantidad de ganancias al país. Aparte del dinero no podía existir la vida de mi padre.

Sin embargo, el Líder Kim Il Sung confió y apreció el corazón limpio de mi progenitor, gracias a lo cual este que era un empresario que perseguía solo las ganancias se hizo un empresario patriótico con la conciencia nacional, encontró el camino de vida auténtica y podía seguirlo con pasos firmes.

Con el paso del tiempo, a la Fábrica de Lápiz de Pyongyang situada a orillas del río Pothong concurrieron los clientes de todos los rincones del país. Me dijo que no les quedaba tiempo para enviarlos a las tiendas. Se llevaron los lápices con mochilas, bolsas o paquetes. La productividad registró aumento ininterrumpido y la cantidad de producción diaria llegaba a una cifra enorme.

Por consiguiente, se incrementaron las ganancias. Pero el padre la transfirió a Kanggye, de donde traía las materias primas y materiales principales como maderas y grafitos y la entregó al gobierno local. Pensó que hacerlo sería más beneficioso desde el punto de vista de intereses estatales.

E inició el negocio de elaboración de vidrio y de caucho, puesto que el Líder se preocupaba mucho de la carencia de productos de vidrio y calzados, cosas indispensables en la vida poblacional.

Así que levantó la fábrica de vidrio y la de caucho. Para él fue un negocio desconocido, pero reclutó a obreros calificados y técnicos, que resultó exitoso. Una vez más le cayó una lluvia de dinero.

Las demandas vitales impusieron el aumento productivo. La necesidad creciente engendró ganancias y el dinero llamaba el

dinero. Se amplió la dimensión de las plantas y se incrementó la productividad. Mi padre amasó enorme cantidad de dinero.

Entonces, ¿no estimularon esos billetes el egoísmo de mi progenitor? ¿No le hicieron retroceder a la posición original de tiempos anteriores?

De todos modos, le visitaban personas de diferentes calañas. Una de ellas vino con una pomposa carta de presentación con el fin de seducirlo a Seúl. Dijo que borrara de la memoria la orden de arresto dada por la administración militar norteamericana, que fue una equivocación debida al disparate de un perverso y que el señor Song podría amasar una gran fortuna en Corea del Sur dándole promesas agradables de ayuda.

A tales seducciones se mostró mi padre muy intransigente. Estaba enamorado del sistema popular del Norte que le profesaba gran amor e infinita confianza, a que pensaba dedicar todo su ser.

Es por eso que no conoció vacilación alguna aun en los días penosos de la guerra. Una prueba dura le examinó de forma definitiva: los bombardeos aéreos indiscriminados, la retirada temporal estratégica, la masacre de inocentes por enemigos, etc.

Los enemigos asesinaron cruelmente a todos, sin distinción de religiosos, empresarios, médicos si fuera fiel al Norte con la

conciencia nacional. Sedujeron que podían soslayar la muerte con una palabra contra el Norte.

En verdad fue un tiempo duro en que se comprobaban la fe y la obligación moral. No había alternativa: disfrutar de opulencia o morir.

Pero mi padre jamás pensó que seguir con fidelidad a la patria significaba el camino hacia la muerte.

Creía con todo su ser que saldrían victoriosos infaliblemente mientras contaba con la dirección del General Kim Il Sung. Así que luchó a riesgo de la vida para la victoria en la guerra.

En medio de los bombardeos aéreos enemigos compraba provisiones para donarlas a los obreros de fábricas de materiales bélicos y a los damnificados.

Pese a furiosos ataques aéreos no abandonó las fábricas para no interrumpir ni un momento la producción. Así que durante la guerra produjo un buen número de jeringas, pomos para fluidos de inyección, millones de focos y enorme cantidad de productos de caucho como calzados necesarios para los soldados del frente. A últimos días de la contienda trasladó la fábrica de caucho a Kaesong.

Sobre su motivo me dijo:

–Lo hice para mostrar a los enemigos los humos de las

chimeneas de mi fábrica, para ostentarle el aliento de nuestra República con el General Kim Il Sung como el Líder que avanzaba con firmeza aun sobre las cenizas. Quería gritarle que miraran los humos negros que expulsaban las chimeneas.

En realidad dicha fábrica expelió los humos en Kaesong en los días de plena guerra. ¡En qué pensarían los enemigos mirándolos!

Mi padre solía contarlo como uno de sus trabajos más ostentosos de la vida. Cada vez que hablaba del traslado a Kaesong de aquella fábrica sus puños se cerraban y la voz, emocionada, casi gritaba. Ni una vez vi aquellos humos negros.

Pero al imaginarlos se me ocurre la imagen de mi padre que quemaba los billetes para encender las llamas de la convicción. De un empresario privado se hizo un industrial patriótico que exponía la voluntad espiritual de nuestro pueblo con la quema de provechos físicos. En la postguerra mi padre entregó esa fábrica al Comité Popular de la ciudad de Kaesong. Era que logró ya su propósito.

Me solía decir que durante la guerra no conocía fatiga y hacía con ánimo todos los trabajos puesto que creía que nuestro país triunfaría sin falta en la contienda por contar con la dirección del General Kim Il Sung.

Durante la guerra envió al frente gran cantidad de alimentos y ropas y también donó mucha cantidad de dinero como fondo de ayuda al frente.

Aún conservo la lista de donación de aquel tiempo.

Agoste de 1950	300 mil *wones*
Diciembre de 1951	350 mil *wones*
Diciembre de 1952	1 millón 500 mil *wones*
Abril de 1953	3 millones de *wones*
En total	5 millones 150 mil *wones*

El gran Líder apreció mucho los hechos patrióticos de mi padre. Un día de agosto de 1953 se entrevistó otra vez con él. Al tomar las manos de este que le hacía una reverencia profunda le evaluó los trabajos hechos durante la contienda. Siguió hablando de su donación de millones de *wones* en las difíciles condiciones de guerra y la calificó de hecho digno de mención.

Ante tal apreciación mi padre no supo cómo comportarse. El Líder, con la sonrisa en el semblante, le preguntó cómo podía donar tanta cantidad de dinero cada año durante la guerra.

–¡Querido General! –contestó– creo que solo con la patria pueden valer los bienes personales. ¡Para qué serviría un montón de oro sin ella!– fue la respuesta dada de su inquebrantable fe, sustento de su vida en los días severos de la guerra.

Ante tal respuesta el Líder se mostró muy contento evaluando en lo alto sus palabras y subrayó que pudimos salir victoriosos en ella gracias a la ayuda desinteresada de los empresarios patrióticos como él y de todo el pueblo.

Mi padre me dijo que en aquel instante se sintió como si estuviera en la cima del mundo. Estaba tan emocionado que se oían hasta latidos del corazón.

Tenía razón. Estaba envuelto en el mundo de gran amor y confianza imposible de trocar por nada del mundo gracias a su dedicación abnegada a la patria.

Mi padre ya se fue de este mundo sin transmitir al mundo aquella verdad de la vida, pero su hija, en vez de él, la anuncio a toda voz.

2. No virar la vista atrás

No hay cosa fácil de hacer en el mundo. Se depende solo de cómo hacerla. Cualquier cosa, por muy breve y fácil que sea, cuesta mucho al asumirla por coacción o con desgana. Al contrario, por muy dura y penosa que sea, la aceptan de buena gana si convenga a su gusto.

Es menester amar a su trabajo. No sé si me expreso debidamente, pero quiero usar ese verbo. Al amarlo no se siente aburrido ni fatigado.

–Nunca digas que es penoso. Fue la palabra de mi padre dirigida a mí tantas veces desde mi infancia. Parecía que la oí por primera vez a los 8 años de edad. Entonces mi progenitor añadió un año a mi edad para matricularme en el grupo de baile de la Escuela Artística de Pyongyang.

Entonces los estudiantes de mi escuela hicimos el papel secundario en la epopeya músico-coreográfica *Nuestra gloriosa patria* bajo la dirección de la bailadora de fama Choe Sung Hui, quien nos daba un entrenamiento de intensidad incluso cruel. Al bailar todo el día me desplomaba al suelo como verduras cocidas. Cada vez de tales momentos mi padre me repetía

aquella palabra. No sé si fuera una expresión sacada de las experiencias y lecciones de toda su vida como la frase célebre. “¡Quien no trabaja, no coma!” Francamente dicho, mi padre amaba el trabajo. En cuanto a tal persona dirían que no conocía más que el trabajo. Escribiendo este libro he recordado la vida de mi padre, en que el tiempo más penoso y severo fue los años de la guerra y el más dificultoso, la postguerra.

En el viraje del destino

Todo se destruyó y se veían solo las cenizas. Las fábricas de mi padre no fueron excepción. La guerra de tres años redujo a cenizas todas las cosas de este territorio. Levantar con ladrillos las paredes y chimeneas, repellarlas y cubrir los techos no era un problema. Pero, sí lo es rehabilitar las máquinas y equipos. Dadas las circunstancias de que todas las fábricas y empresas del país fueron destruidas, conseguir generadores y motores se consideraba como cosa inasequible ni en la imaginación.

En esa parte también, mi padre tuvo una idea muy singular digna de empresario. Luego de oír el rumor de que durante la guerra varios buques habían sido hundidos en el mar frente a Wonsan, empezó a aprender a nadar diariamente en el río

Taedong. Salía de la casa con almuerzo preparado y regresaba al anochecer.

Toda la ciudad de Pyongyang se bullía de la lucha de reconstrucción. Todos, aun con ladrillos a espaladas, corrían para acortar el tiempo. En tal periodo el dueño de fábricas ampliamente conocido consumía todo el horario diario chapoteando en el río, lo cual sorprendieron a muchas personas. Y además él no sabía otra cosa más que trabajar. Algunos susurraron que se volvió loco. Hasta los vecinos que intercambiaban saludos con él en los encuentros matutinos y vespertinos se mostraron perplejos en tales casos sin saber cómo portarse.

Y poco después iba y venía del Taedong con el paquete lleno de vestidura extraña: algo parecido a casco de generales de leyendas, vestido blanco de goma y botas.

Circularon todo tipo de rumores sobre él. Algunos espabilados contaron que mi padre buscaba lingotes de oro que había ocultado en el fondo del río durante la guerra. Otros difundieron el rumor de que en el fondo de la confluencia del Taedong y el Pothong estaban ocultados aquellos lingotes cuyo peso total llegaba a decenas de kilos. Sin hacerle caso a tales rumores mi padre siguió haciendo ejercicios de buceo por más de una quincena y partió a Wonsan. Los lectores pueden tener

incógnita de por qué intentaba bucear él mismo sin encargar ese trabajo a los profesionales.

Es muy evidente la razón. Mi padre como empresario quería confirmar con sus ojos lo que contenían aquellos barcos hundidos. Así que en el mar frente a Wonsan sufrió mucho buceando diariamente durante 15 días. De vez en cuando se le sangraba en las orejas. Al fin y al cabo, encontraron los equipos necesarios y localizaron sus posiciones. Movilizó a los buceadores y barcos de motor. De los objetos sacados el más grande y valioso era el motor.

Para poder transportarlo a Pyongyang mi padre cubrió a pie esa larga distancia entre Pyongyang y Wonsan con el fin de medir la altura de todos los túneles.

Anotó en la libreta la altura de cajuelas (se diferían según el tipo de camión), de las máquinas que iban a poner sobre ellas y de los túneles, de los que solo los dos no permitían el tránsito de tanta altura. Para resolverlo planeó escoger el camión adecuado y rebajar el grueso de las calzas.

Así caminó ciento y decenas de kilómetros. Se le hincharon los pies y se agrietaron los labios. Cuando mi padre con densa barba regresó a la fábrica todos se sorprendieron y hasta se espantaron ante su aspecto horrendo.

De todos modos, las máquinas traídas de tal manera constituían cosas raras en aquel tiempo. La fábrica cobró pronto el aliento. En un breve lapso del tiempo la producción superó el nivel del pasado. Por consiguiente, se multiplicaron las ganancias.

Quiero evidenciar que el incremento de provecho del empresario privado en las difíciles condiciones económicas de postguerra quiere decir la ayuda al mejoramiento de la vida del pueblo y la rehabilitación de la economía destruida. Pero algunos no lo consideraban de esta forma.

Entonces se impulsaba activamente la labor destinada a transformar el comercio e industria privados de forma socialista. La mayoría de los empresarios y comerciantes privados sacaba provechos con todo tipo de medios y métodos en detrimento de los intereses de las masas trabajadoras. Compraba a precio barato enorme cantidad de frutas y carne en los campos y las vendía a precio elevado en las ciudades. Unos cometían fraudes como vender caro los productos a los comerciantes privados en lugar de hacerlo al Estado. Otros se adineraban por todos los medios en contubernio de los elementos malsanos infiltrados en los órganos del Poder. Incluso algunos usaban libros de cuentas confidenciales con el fin de evadir los impuestos

públicos. En aprovechamiento de la diferencia de precios hacían especulaciones y trampas y rehusaban incorporarse a la cooperativa productiva.

En el III Congreso del Partido del Trabajo de Corea celebrado en abril de 1956, el gran Líder Kim Il Sung presentó la orientación de transformar de forma socialista el comercio e industria privados conforme a la demanda de la revolución en desarrollo.

En tal período no era cosa sorprendente que algunos problematizaban la empresa de mi padre. Se mostraban incógnitos al hecho de que mi padre todavía no estaba incorporado a dicha cooperativa. Pensaban que este sería el primero en la incorporación puesto que disfrutó más que nadie del amor y solicitud del Líder desde los primeros días de la liberación hasta la fecha.

Al conocer tal hecho el Líder envió a la fábrica de mi padre a un funcionario del Comité Central del Partido para averiguar la situación real a mediados de octubre de 1957. Luego de informarse de ella, dijo en siguiente contenido.

Pueden mostrarse incógnitos ante el hecho de que mantenía la empresa privada la persona que debería incorporarse a la cooperativa antes que nadie. Nuestro Partido ha venido

impulsando la transformación socialista del comercio e industria privados a la par de la cooperativización en el campo en la postguerra. A diferencia de esta, aquella reviste un aspecto muy complejo puesto que son muy diversos los negocios y los estados sociales, y muy diferente los fundamentos económicos y niveles de conciencia ideológica de cada uno. Es por eso que el Partido definió tres tipos de cooperativa productiva conforme a las condiciones reales de los comerciantes e industriales privados de nuestro país. Pero, el compañero Song Tae Gwan, según me informaron, no pudo elegir ni uno de aquellos tres tipos.

El primero constituye una cooperativa para empresarios privados empobrecidos, inapto para Song que contaba con cierta cantidad de fortuna.

El segundo es el semisocialista que tiene en cuenta los fondos invertidos en la remuneración según la calidad y cantidad del trabajo, pues a él se distribuiría mucha cantidad de salario en comparación con otros, lo cual no lo aceptaría su conciencia.

El tercero es el socialista completo que remunera sólo según la calidad y cantidad del trabajo tomando como propiedad comunitaria los medios productivos y fondos entregados, difícil de aceptar para los no preparados en lo político.

El compañero Song puede escoger este último desde principio, pero no se puede organizar la cooperativa con una persona. …

Continuó que cuando nuestro Partido presentó la orientación mencionada él propuso donar toda su propiedad al Estado, pero le hizo hacer preparativos para administrar una cooperativa de dimensión relativamente extensa en caso necesario en consideración de la influencia a otros empresarios privados. Y mencionó las proezas de mi padre entre otros como donación de jeringas y pomos de inyección durante la guerra, producción de papeles untados cuando se libraba en el campo la introducción de posturas de arroz en cantero frío y contribución a la construcción socialista con la fabricación de productos de vidrio de todo tipo.

Al transmitirse las palabras del Líder mi padre sintió gran orgullo como empresario y tomó una decisión nueva.

“En un tiempo me decidí a contribuir a la construcción de la patria con el dinero, pero ahora poseo no solo el dinero sino también la fuerza. Cuanto más administro bien la fábrica tanto más puedo llevar a la práctica el propósito del gran Líder. Trabajaré con mayor ahínco. Organizaré cuanto antes la cooperativa y así daría mayor contribución a la construcción socialista.”

Así que él organizó la cooperativa productiva de artículos industriales de Pyongyang y donó al país la totalidad de fondos invertidos de 5 millones de *wones*.

De esta forma pasó de un empresario privado al trabajador socialista dando un paso más adelante en la vida. Por supuesto no se logró esto sin alguna dificultad. A decir francamente estaba muy angustiado antes de la donación. Esa cifra era la totalidad de su propiedad sin dejar ni un centavo en su bolsillo.

Por supuesto hasta entonces donó muchos fondos al país, pero dejaba cada vez la cantidad necesaria para nuevo negocio. Una vez incorporado en la cooperativa se le puso fin a los negocios privados. Ya no necesitaba los bienes privados.

Pero mi padre pensó en sus 7 hijos. Quería heredar a cada uno de ellos cierta parte de su empresa. ¿Por qué no?

Habría pensado proporcionarles cosas necesarias, aunque no fueran de gran fortuna al casarlos. Tal pensamiento no podría ser nunca cosa vergonzosa. Probablemente todos los padres con hijos tendrían tal idea.

Sobre su mentalidad de aquel tiempo la confesó en el discurso pronunciado en la Conferencia de Activistas del Sector de Industria Local y Cooperativa Productiva celebrada con la presencia del gran Líder.

–Como jefe de la administración he hecho el socialismo de día en la cooperativa y el capitalismo de noche en la casa angustiándome por aquellos millones de *wones* invertidos. Pero, al donarlos totalmente a la cooperativa me sentí tan aliviado como para poder volar el cielo.

Al escucharle el Líder, dando una risa alegre, le alabó mucho por esa donación. Y lo felicitó con el aplauso antes que nadie. Una ovación estruendosa le siguió. Fue una evaluación merecida por su trayectoria patriótica y una congratulación sobre su futuro más luminoso.

Trabajó con mayor entusiasmo, pero nunca se sintió fatigado. Nos decía que amaramos el trabajo, que al amarlo no nos sentiríamos nunca aburridos y que jamás profesáramos el vocablo duro o penoso.

Así era mi padre. Donó toda su propiedad y también su conciencia limpia. Trabajó con sinceridad solo en aras de la patria y el pueblo sin ambición alguna de honor o cargo.

En ese proceso mi padre, empresario privado a que muchas personas habían considerado como objeto de liquidación en un tiempo, se ingresó en el Partido del Trabajo de Corea. Quiere decir que el empresario del pasado se hizo el patriótico.

Aun a la edad avanzada

Desde 1961, la sociedad donde mi padre trabajaba como presidente fue denominada Cooperativa de Producción de Vidrio Óptico de fabricar cristales de espejuelos, lentes y artículos de vidrio.

A principios de marzo de 1969 el gran Líder llamó por teléfono a un funcionario del CC de Partido para decirle que los militantes veteranos no podían leer libros por falta de lentes de aumento aunque lo querían pues no había donde los producen ni venden. Continuó que fuera a la cooperativa mencionada para averiguar cuánta cantidad de lentes podía producir, qué necesitaba para hacerlos, etc.

Estas palabras llenas de amor y confianza conmovieron mucho al padre, que sintió también un profundo remordimiento. Ya que como jefe de la cooperativa de vidrio óptico habría prestado debida atención a la fabricación de gafas que necesitaban con urgencia los habitantes. Pero hasta entonces mi padre, sensible a las demandas, no lo hacía.

Vivía un tiempo en que se producían en cadena camiones, tractores, buldózeres, excavadoras y locomotoras eléctricas, y todo lo caduco y viejo cedía terreno a lo nuevo y moderno.

Los hornos eléctricos y las presas con capacidad de miles de

toneladas ostentaban su poderío y nuevas flotas pesqueras salían al mar. Nadie prestaba atención a cosas como gafas consideradas artículos de menor y secundaria importancia.

Las palabras transmitidas precisas o encarecidas del Líder le enseñaban a mi padre que estaba muy lejos de seguir con fidelidad el propósito del Presidente Kim Il Sung. Invadido por la conciencia de remordimiento escribió en la primera página de su libreta las instrucciones del Líder.

Son las palabras del Líder que dedicaba todo su ser por el bienestar del pueblo y compartía la vida y muerte con él. Teniéndolas siempre presente mi padre trabajó día y noche consiguiendo las máquinas y reclutando a los técnicos.

En aquel momento el gran Líder le envió técnicos competentes y equipos preciosos. La base de la nueva empresa fue preparada esta vez también por el gran Líder.

Con el ánimo redoblado él impulsó la producción. Estaba tan atareado que no prestaba atención al porvenir de su benjamina.

Ya mencioné que mi padre deseaba formarme como artista. Al principio imaginaba que fuera yo bailarina y objeto de aclamaciones rodeada de ramos florales en las escenas teatrales. Hizo la vista gorda a que su hijita se hacía gordita con el paso del tiempo.

Solo luego de visitar mi escuela se dio cuenta de que no era yo apta para el baile. Así me hizo cambiar de la profesión.

Desde entonces cada noche invitaba a un violoncelista (Ri Yong Su, el mejor en tocar violoncelo en nuestro país) de la Orquesta Sinfónica Nacional a instruirme. En una palabra, prestaba una atención extraordinaria al porvenir de la benjamina. Pero, cuando yo estaba en vísperas de graduación de la Escuela Artística de Pyongyang ni podía echarme una vista.

No sé si eso se debía a que conocía yo era una de los mejores violoncelistas gracias a las lecciones individuales arriba mencionadas. Es por eso que me recomendó de paso que continuara el estudio en el instituto superior de música.

Le contesté que no lo quería.

Probablemente habría sido una gran sorpresa para él. Pero no se mostró sorprendido. Probablemente parecía ni habría tenido tiempo para sorprenderse.

Entonces se esforzaba mucho por ocupar la meta de producción anual o sea un millón de gafas. Todo su cerebro estaba lleno del problema de gafas. Por eso era muy probable que se equivocara mi respuesta negativa como la positiva.

En verdad, mi padre anteponía a todo las cosas lo que el Líder deseaba y se enfrascaba con total entrega en resolverlas.

Por añadidura, era un militante honroso del Partido del Trabajo de Corea.

Solo un mes después me preguntó cómo andaba mi estudio en el instituto superior. Lo dijo por decir escribiendo tupidamente las cifras en su libreta. Le repliqué que todo iba bien. Fue una respuesta vaga pero no me dio más preguntas y siguió escribiendo las cifras. Pasó otro mes. (No me viene a la memoria si había pasado más de un mes)

La producción de un millón de gafas estaba a punto de lograrse. Solo entonces mi padre se dio cuenta de que yo estudiaba en la Escuela superior de medicinas de Moran. Parecía que se sorprendió mucho.

–¿En el instituto superior de música no? ¿Y el violoncelo?

–Imagínate –con la sonrisa en el semblante le expliqué el motivo de cambio de la profesión, que fue absurdo y tonto– de la escena de mi regreso de un país extranjero después de la representación como violoncelista. Al imaginar mi figura gordita entre las actrices esbeltas me pongo la piel de gallina.

Mi padre se quedó atónito ante tal palabra. Dibujó una sonrisa forzada en los labios y dijo en tono muy triste. Es que todos vosotros estudiáis la medicina.

En seguida, él fue a la fábrica donde se libraba la campaña

tensa para cumplir las enseñanzas del gran Líder. A decir francamente no tenía tiempo suficiente para platicar conmigo. Por fin se fabricaron un millón de gafas.

El día en que recibió el agradecimiento y elogio del Líder nos dijo:

–En realidad, las gafas no son artículos importantes ni valiosos. Pero nuestro Líder las considera como cosas preciosas. Parece que se amplía el alcance de mi vista, ya que veo el gran amor al pueblo en las lentes normales.

A diez años desde ese día me especialicé en las gafas y recordaba a menudo las palabras de mi progenitor sobre las lentes y el gran amor. Creo que él quería expresar que el Líder le había enseñado qué punto de vista tenía que poseer el militante del Partido que lucha en aras del bienestar del pueblo.

El Líder lo había orientado al camino auténtico de patriotismo a mi padre que en el pasado perseguía solo el dinero y hoy trabajaba solo por los provechos y le sembró el punto de vista de militante del Partido del Trabajo que dedica todo lo suyo a favor del pueblo. Gracias a la atención minuciosa del Líder mi padre adornaba con hechos enorgullecedores su posterioridad.

En aquel año yo cumplía 19 años. Estaba en vísperas de la graduación de la escuela superior de medicina. Un día cuando

hacía preparativos para los exámenes de graduación entró en la casa el padre con aire muy excitado.

Le pregunté cómo regresó a esa hora temprana. Me replicó que vino de paso en el camino a la fábrica y de modo inesperado me pidió que tocara el piano.

No pude contener la sorpresa, pues ni una vez me lo pidió desde que opté por el camino de la medicina como lo hicieron mis hermanos mayores.

Reflexioné un rato y empecé a interpretar una pieza Für Elise de Beethoven con el fin de alegrar a mi progenitor.

Pero este meneó la cabeza en señal de que no le gustaba esa melodía.

Recordé que prefería las melodías folklóricas de nuestro país e interpreté Yangsando de melodía jubilosa. Esta vez también movió la cabeza negativamente y se recostó más en el sofá con ojos cerrados. No podía saber qué le pasaba, pero estaba segura de que él se trataba mucho de calmarse. Tomé el violoncelo como que él me lo indicara. Y lo miraba un buen rato sin decir ni una palabra.

Se me ocurrió si él contuviera con gran esfuerzo las lágrimas. Estaba muy excitado, no por algo indispuesto o malogrado sino por una gran alegría y felicidad.

–¿Te pasó –le pregunté– algo?

–Sí –dijo como jadeante y abrió los ojos para mirarme– Hoy, el gran Dirigente Kim Jong Il me encargó una tarea importante. Precisamente a mí, tu padre.

Solo entonces pude conocer el porqué de su semblante ruborizado. Estaba cautivado por una emoción de dicha y alegría. Sus facciones de enfermo se ponían rojas.

–Sabes –luego de calmarse me dijo quedo– mi canción favorita ¿no? La que se inicia con *en la mañana temprana con arrebol*.

Él esperaba escuchar la melodía de la canción *Seremos fieles de generación en generación*. Luego de modular el instrumento y aplicar colofonia en el arco me inspiré profundamente. Con la cabeza en el respaldo mi padre volvió a cerrar los ojos. Vi las lágrimas aglomerarse en las comisuras de sus ojos. Sentí que también mis ojos se anegaban en lágrimas sin saber porqué. Empecé a tocar.

En la mañana temprana con arrebol
pienso en su sonrisa generosa
Cuando aparecen estrellas en el cielo nocturno
Echo de menos su regazo

Mi padre derramaba lágrimas y yo también. Al cantarla todo nuestro pueblo no contiene lágrimas imaginando la sonrisa brillante del Dirigente Kim Jong Il. Mi padre la cantaba para adentro con lágrimas en los ojos. Estaba embriagada de su emoción, de la alegría de lágrimas.

Terminé la ejecución musical, pero mi padre seguía sentándose con ojos cerrados sin reacción alguna.

–El Líder Kim Il Sung –un rato después se levantó y puso su mano gruesa sobre mi hombro para decir– me profesó gran confianza y amor. Hoy, el Dirigente Kim Jong Il me aprecia mucho. A tal solicitud grandiosa no sé cómo responder. Ahorita voy a la fábrica. Una intensa campaña productiva me espera. Desde hoy no me esperes en las noches.

E inmediatamente se dirigió a la fábrica.

Estaba tan emocionado que se me antojó extraordinario. ¿Qué confianza?

Entonces al respecto del problema de producir los adornos de vidrio para una arquitectura monumental muchos funcionarios proponían importarlos puesto que producirlos necesitaba materiales de calidad y la maestría de precisión y por encima de todo constituía un camino desconocido para nuestro país. Se preocupaban de que intentar la producción nacional pudiera

consumir solo el tiempo sin lograrla y a la larga afectar la conclusión de aquella arquitectura.

Pero entonces el Dirigente pensaba en mi padre que había cumplido infaliblemente todas las tareas asignadas por el Líder por muy difícil que sea.

Al informarse de ello el Dirigente Kim Jong Il señaló que encargaran la producción al compañero Song Tae Gwan, que este, desde los primeros días de la liberación hasta la fecha, había realizado todas las tareas asignadas por el Líder y esta vez también la cumpliría infaliblemente.

¡Cuán grande es su confianza! El gran Líder profesó a mi padre un gran amor y confianza diciendo que lo llevaría hasta a la sociedad comunista. Hoy, el Dirigente lo encamina invariablemente. Así mi padre, aunque peinaba canas, recobró la pasión juvenil.

Los indicios de enfermedad que le acosaban tempranamente desaparecieron. Parecía que se rejuveneció. Acogió la nueva primavera de la vida.

En aquel año yo cumplía 19 años y mi padre, 62. Dicen que los árboles añosos también se hacen huecos con el paso del tiempo. Pero mi padre, a 62 años de edad acogió otra vez la primavera de vida en el regazo del Dirigente Kim Jong Il. Es por eso

que él derramó lágrimas escuchando aquella melodía. Lo siento mucho por no poder expresar la emoción de mi progenitor de aquel día como lo era.

Mi padre, con la pasión juvenil, se enfrascó en la producción de abalorios. Libró día y noche la campaña de fabricación haciendo diseños y elaborando las piezas con manos y limas junto con los técnicos y obreros. Por fin fabricaron cien mil abalorios para decorar el edificio arriba mencionado.

Esto no pasa de ser un ejemplo de sus proezas laborales. Hoy también siento orgullo al ver la antorcha del Monumento a la Idea Juche, la de la causa independiente que con su llamarada inextinguible en todas las estaciones y a cualquier tiempo climático ilumina el camino a seguir de la humanidad, pues el Dirigente Kim Jong Il también encargó a mi padre la tarea de producir el transparente vidrio duro para aquella antorcha.

Cuando la fábrica encargada de una fábrica encargada de producción de ese vidrio expuso que no lo podía hacer, los funcionarios correspondientes propusieron importarlo.

¡Cómo podían fabricar con vidrio importado la antorcha del monumento que simbolizara la inmortal Idea Juche del gran Líder Kim Il Sung!

Esa vez también el Dirigente pensó en mi padre. Estaba

seguro de que mi padre respondería a la confianza y esperanza del Partido con la fidelidad y obligación moral, aunque era un setentón. Así que esa tarea fue asignada a mi padre.

Como se sabe, la altura de la antorcha del Monumento a la Idea Juche equivale a la de un edificio de 5 ó 6 pisos. Fue una tarea demasiado voluminosa para la capacidad de la cooperativa de mi padre.

A decir francamente en aquel tiempo había en el país varias fábricas de vidrios como la de Nampho incomparablemente grande tanto en los equipos productivos como la productividad que la cooperativa mi padre. Pero el Dirigente Kim Jong Il asignó esa tarea a la cooperativa de mi padre. Con la confianza del Dirigente no había cosa imposible de cumplir.

Es por eso que mi padre afirmó que la cumpliría a toda costa. Pero ¿si no la cumple a tiempo? Cuando mi padre lo confirmó sin titubeo alguno, muchos funcionarios se mostraron muy preocupados. Parece que su respuesta breve y fácil les puso muy intranquilos.

Desde entonces muchas personas visitaron la oficina de mi padre sin cesar. Aunque todas ellas se preocupaban de la posibilidad del cumplimiento de la tarea fue invariable la respuesta de mi padre.

–Es la tarea que nos dio el querido Dirigente. La cumpliremos sin falta y a toda costa.

Mi padre trabajó con los obreros velando casi todas las noches. Fue un tiempo de intensa jornada de juegos deportivos y las competencias de futbol entre los equipos de primera categoría se libraban bajo la gran atención de los aficionados.

Voy a mencionar escuetamente un episodio sobre el futbol. Mi padre que no conocía otra cosa más que el trabajo tenía una afición fanática al fútbol. Esto no quería decir que él jugaba bien al fútbol. Al contrario, ni sabía manejar el balón.

Cierta vez durante los juegos deportivos librados en la cooperativa con motivo de una fiesta, se presentó la disciplina de dar penalti entre los cuadros. Fue una prueba de chutar uno a cinco metros de la portería y defenderla otro.

Colocaron la portería provisional en el herbazal. Por primer turno se presentaron mi padre, presidente de la cooperativa y el secretario del Partido (entonces) de ella. El primero para disparar el balón y el segundo como portero.

Los espectáculos creían que mi padre, “fanático aficionado al fútbol”, chutaría excelentemente y lo acogió con aclamaciones estruendosas. Pero su disparo provocó una risotada a todos los reunidos.

Chutó tan fuerte que la punta de calzado hincó el herbazal salpicando los pedacitos de tierra. El balón ni alcanzó el marco de la portería.

Las arenas de tierra salpicadas se arrojaron contra la cara del secretario del Partido quien con ojos cerrados dio vueltas en su sitio. Desde entonces se le puso el mote "presidente de fútbol".

Los futbolistas de la cooperativa, al perder un partido, no se atrevieron a entrar en ella con la frente levantada. En una palabra, mi padre tenía gran afición al fútbol. Una vez pretextó la participación en una reunión importante para ver la competencia final de fútbol de nivel central.

El hecho fue revelado pronto ya que durante la transmisión en vivo por la televisión de esa competencia la cámara proyectó por varias veces a mi padre hinchar con tanto entusiasmo.

Amaba el espíritu de ataque violento, la paciencia y combatividad del fútbol. Parece que encontraba algo similar a su carácter en los jugadores que corren 90 minutos sin cesar.

Pero durante el período de la campaña de producción del transparente vidrio duro ni una vez fue a ver los partidos de fútbol de los mejores equipos. Ni lo intentó.

–Esa competencia –cuando alguien le invitó a ver la final dijo– no tiene nada que ver conmigo. Ahora estoy driblando y no me queda más que chutar.

Por fin, mi padre metió el gol. Era que la novena producción de ensayo resultó exitosa. Se fabricó un vidrio duro con una distribución imparcial de esfuerzo.

La bola de vidrio (900g) de tamaño de la pelota de tenis no sufrió algún cambio ni una grieta fina al caer a una altura de 102 centímetro.

Esta vez subió un hombre con peso de 70 kilos a una placa de vidrio de un metro cuadrado apoyada con dos ladrillos a ambos lados. La placa resistió. Otro se puso al lado del primero y ella seguía resistiendo. Cuando solo mi padre unió a ellos se oyó un sonido de rasgarse.

El día en que informaron al Dirigente la conclusión de la producción, mi padre se tomó una foto con los obreros y técnicos. Originalmente disgustaba tirarse fotos. Siempre volvía espaldas a los fotógrafos y camarógrafos.

Pero con el orgullo de que había contribuido a la construcción del Monumento a la Idea Juche, a esa llamarada inextinguible de la antorcha se tomó la foto.

–Nunca puedo olvidar –nos solía decir con lágrimas en los ojos– la solicitud del Líder y el Dirigente aun en otro mundo.

Hoy también no puedo ver con indiferencia a las arañas, abalorios y bloques de vidrio de las construcciones monumentales. Especialmente, cuando veo la antorcha del Monumento a la Idea Juche, me siento muy emocionada e impresionada. Quiero gritar que gracias al amor y atención de los Líderes mi padre pudo registrar una vida de fidelidad sin desviación alguna.

3. Vida bendita

En un año cuando se reunió con los comerciantes e industriales compatriotas en ultramar estos vio a mi padre con ojos anegados de lágrimas de alegría.

–Señor Song Tae Gwan –muy impresionados ellos le preguntaron– parece que usted goza de una felicidad verdadera. Como sabemos, los empresarios no vivimos ni un momento libre de preocupaciones, pero usted disfruta de la vida tranquila y dichosa. ¿A qué se debe?

A tal pregunta mi padre les relató el siguiente chiste. Desde la antigüedad decían que para el ser humano el par de ojos, orejas, manos y pies tiene sus motivos. Los dos ojos para discernir la verdad y la mentira, las orejas para oír por una y expulsar por otra, las manos para dar y tomar y las piernas para mantenerse con seguridad.

Al escucharlo todos se rieron alegremente. Algunos dijeron que parecían palabras no de los antecesores sino de mi padre en consideración de los empresarios. Con la sonrisa en los labios mi padre continuó.

En cualquier tiempo el destino de los empresarios ha sido

como la luz de vela ante el viento. Ni un momento pueden conciliar el sueño con piernas sueltas. Tienen que vivir siempre con los nervios en punta para no ser engañados y tratan de conseguir socios fidedignos siendo objetos de desprecio. En tal sentido, no es una exageración decir que mi relato tiene en cuenta a los empresarios.

Pero yo no tengo preocupación alguna de ser engañado. Es porque hago negocios en la patria socialista. La madre nunca engaña a su hijo. De igual manera no hay razón por la que la patria madre engañe a mí.

Asimismo, no tengo preocupación de ser despreciado. Pues, el objetivo fundamental de mis negocios es dar mayor provecho a la patria socialista. He obtenido muchas ganancias, pero ni una vez me acosó la preocupación de bancarrota. Ni un momento he pasado intranquilo con los nervios de punta como la luz de vela ante el viento. ¿Por qué? Porque el gran Líder Kim Il Sung y el Dirigente Kim Jong Il me atendieron toda la vida.

El niño que camina tomado de la mano de sus padres no se cae jamás. He llevado una vida sin alguna caída.

Y les habló en detalle sobre el gran amor de los Líderes que habían formado a él, empresario privado anónimo como el

patriota, militante del Partido y sobre la trayectoria brillante de su vida pasada.

Concluyó que había ganado enorme cantidad de dinero y con la donación de ella en aras de la patria y el bienestar del pueblo había gozado del amor del pueblo y el Líder, cosa no lograda para cualquier empresario del mundo y disfrutaba de la gloria y felicidad, inasequibles ni con el montón de dinero. Los reunidos le felicitaron con nutridos aplausos.

Con profunda impresión expresaron que mi padre era el único “millonario del socialismo”, el “millonario” de la Corea socialista que había obtenido tanto los bienes materiales como los espirituales. Desde entonces mi padre fue llamado “millonario del socialismo”.

Pero el amor y la confianza hacia mi padre y la felicidad y gloria para él no conocían sus límites. Al cumplir más de 70 años, mi padre se hizo asesor de la cooperativa cuya misión es ayudarla con su técnica y experiencia en combinación de suficiente descanso.

Pero no se puede imaginar a mi padre apartado del trabajo. No se conformaba con dar solo consejos y quiso avanzar a la cabeza.

Cada día iba y venía del trabajo con tal pensamiento sin expresarlo a nadie.

Pero el Dirigente Kim Jong Il no se olvidaba de mi padre. Al informarse de que mi padre trabajaba como el asesor hizo revertirle el cargo de presidente de la cooperativa.

Ya mencioné que mi padre dejó de beber hacía mucho tiempo. Pero ese día tomó la copa que servimos. No puedo olvidar la imagen de mi padre que derramaba lágrimas con la copa en su mano temblante mirando a nosotros. Tenía 74 años de edad. Corrían por sus mejillas las gotas de lágrimas, pero él no se las secaba. ¿Para qué hacerlo? Vació la copa con las lágrimas.

Poco tiempo después mi padre llamó a sus hijos.

–Un refrán reza –nos dijo con aire preocupante– que *Buey viejo*, surco derecho. Pero al mirarme retrospectivamente siento gran aflicción puesto que ni uno de vosotros continúa la carrera mía.

Sus palabras nos dejaron un gran impacto. Se me ruborizó el semblante pues hasta ese momento me jactaba de mi profesión de doctora. Por supuesto yo misma opté por la medicina, pero me pregunté si ella era mi carrera obligatoria.

O siendo hija ¿creía yo que no tengo obligación de continuar el trabajo del padre?

Pero eso constituía un asunto de conciencia y obligación

moral antes de ser un deber. Mi padre quería vehemente que uno de nosotros siguiera su trabajo.

Habría querido responder al amor de los grandes Líderes generación tras generación. Al cabo de profunda meditación me decidí a continuar el trabajo del padre y me hice reparadora de gafas. Tardó meses en llevarla a la práctica.

Hasta entonces todos me llamaban “Doctora” o “Doctora Song”, pero desde entonces, metida entre los varones que reparaban estilográficas o grababan sellos elaboraba lentes y arreglaba armaduras con tenazas.

Muchas personas se mostraron sorprendidas con las miradas dudosas de si me encontraba en los cabales. Algunos me dirigieron miradas de compasión como si hubiera sido castigada.

Por supuesto nada fue fácil llevar a la práctica la decisión. Pero no la tomé con un impulso instantáneo.

Mi padre apoyó y evaluó mucho mi opción sin contener la alegría. Gritaba muy enojado a los que malentendían mi nueva opción.

En aquellos días logró producir el vidrio pulido de nuevo tipo, cosa empezada cuando él se había puesto a trabajar como asesor. Seguía el camino de fidelidad para responder a la solicitud profesada.

Durante 3 años trabajé como reparadora de gafas. Por fin decidí instaurar mi propio centro de reparación de gafas. Por supuesto mi padre fue el primero en apoyarme.

– No cedas –me dijo– ni un paso en la decisión.

Preparaba los materiales necesarios y recluté a los carpinteros y demás operarios. Cada noche estaba de guardia en el edificio haciendo los preparativos para el trabajo del próximo día. Por fin, terminé el acondicionamiento y coloqué en su portada la placa: *Centro de reparación de gafas de Kaeson*.

Durante 3 años desde entonces servimos decenas de miles de gafas a los obreros, campesinos, científicos, maestros, periodistas, operarios viarios, etc. de todo el país.

El Dirigente Kim Jong Il apreció mucho nuestro trabajo e hizo inaugurar una tienda de gafas al pie de la pintoresca colina Moran para satisfacer la creciente demanda del pueblo sobre las gafas.

Hoy nuestra tienda es un lugar favorito también de los visitantes extranjeros y está conocido entre los compatriotas en ultramar que nos dan una ayuda sustancial. Al respecto tengo un montón de historias, pero me quedan más cosas que hacer.

Se puede decir que nuestro trabajo está en la línea de partida.

Mi padre, a la edad de 74 años, volvió a trabajar como

presidente de la cooperativa cuya personal llegaba a miles gracias a la solicitud del Dirigente. Laboró con pasión juvenil aun a la edad octogenaria.

En muchas partes del país incluyendo la capital están grabadas las huellas de su vida:

Mi padre decía frecuentemente: ¡El socialismo, sí es bueno!

Lo repetía sin querer al ver a los obreros mudarse a las viviendas nuevas y a los niños divertirse con gafas submarinas en la piscina del Complejo de Servicios de Higiene Changgwang y también al entrar en el metro.

Fue un elogio al benévolo régimen socialista a que dedicó todo su ser y al mismo tiempo el orgullo y felicidad de toda su vida llevada bajo la atención de los grandes Líderes.

Con el paso del tiempo la salud de mi padre iba a declinar. Era un ochentón. La buena salud cedía terrenos a los achaques de viejo.

Entonces yo participaba en el Congreso Nacional de Pioneros de Hermosos Actos Comunistas. Guardando la cama me vio por la televisión.

Después de esa magna cita acudí a mi padre. Cogió mis manos un buen rato. –Tú me has glorificado– con ojos anegados de lágrimas dijo en tono emocionado –una vez más mi vida.

Muchas personas me llamaron por teléfono para felicitarme por contar con una hija como ti. Dijeron que eres tú la primera en la lista de los condecorados con el Orden Bandera Nacional de primera clase. Todos dicen que, de tal padre, de tal hija.

–Es una condecoración –acariciando el orden mío continuó– muy significativa. Es la evaluación del Dirigente Kim Jong Il por tus hazañas laborales y también la muestra de que desea mayores éxitos en tus futuros quehaceres. Ten lo presente siempre.

Y me exigió que fuera a la oficina y que la interventora del congreso citado no tenía derecho a cuidar a su padre, apartada del trabajo. Añadió que él también se repondría pronto y continuaría el trabajo.

Pese a todo el tiempo era inclemente. En enero del año siguiente, el mes más frío perdió la conciencia y fue llevado al hospital. Su semblante y sus ojos desorbitados me gritaban que vivía el último momento de la vida. Pero de su boca salió una palabra inesperada: –que regresen todos a sus trabajos, ¡apúrense!

Así era mi padre. En los últimos momentos de la vida todos desean ver a sus amigos más íntimos, a su esposa o esposo, a sus hijos, a los familiares.

Mi padre no fue una excepción. Pero nos empujó a los trabajos. ¿Por qué? Porque deseaba vehemente que sus hijos trabajáramos con mayor entusiasmo en vez de él en el camino de responder al amor de los grandes Líderes.

Lo fue también el día de mi ceremonia nupcial. Cuando todos me felicitaban el matrimonio deseando la felicidad, la armonía de la familia, etc., él, de repente, me ordenó que fuera a trabajar desde el día siguiente sorprendiendo a todos los reunidos.

Es por eso que ese día también nos obedecimos a sus palabras sin una protesta brevísima. Cuando volvimos al hospital por llamadas urgentes, mi padre estaba casi en coma. Nos hizo acercarle con el guiño. Nos acercamos a la cabecera.

–Si yo no hubiera seguido –nos dijo con voz clara– al gran Líder Kim Il Sung y el Dirigente Kim Jong Il me habría convertido en un avaro ajeno al país y la nación. El Líder prometió que me llevaría hasta a la sociedad comunista. Lastimosamente, la vida no me lo permite, pero no tengo nada que lamentar y me conformo con poder vivir hasta la fecha siguiéndolo con fidelidad.

Y cerró sus ojos para siempre. Fue un empresario privado que perseguía solo el dinero, pero se hizo revolucionario que sigue con fidelidad a líder, contribuyó a la prosperidad

de la patria y la nación. Ganó el respeto y amor del pueblo y líder y se disfrutó de la gloria y felicidad de la vida como "millonario del socialismo", cosa envidiable de todos los empresarios.

Dicen que el hombre consigue uso de razón al peinar canas. Mi padre que pensó no había respondido a la solicitud de grandes Líderes no pudo irse de este mundo con calma.

Mi padre se fue, pero el amor hacia él no conocía su límite. Los rayos del Sol lo abrazaban invariablemente, de lo cual no nos imaginábamos ni en el sueño.

Cuando se informó de la noticia dolorosa del fallecimiento de mi padre, el gran Líder Kim Il Sung expresó una profunda condolencia y envió una corona de flores al difunto.

El Dirigente Kim Jong Il hizo guardar sus restos en el Cementerio de Mártires Patrióticos para transmitir eternamente sus méritos acumulados ante la patria y la revolución.

Cuando de vivo mi padre había seleccionado el lugar para su tumba, pero el Dirigente hizo colocar sus restos en aquel cementerio en apreciación de sus proezas.

Todos nosotros lloramos. No podía contener lágrimas todo el cortejo de la ceremonia fúnebre. Tocó el momento de partir el cortejo fúnebre. La banda nacional de instrumentos de viento

interpretó el canto fúnebre. Un buen número de coches siguieron al carro fúnebre.

Siguiéndolo dirigí la mirada hacia el Cementerio de Mártires Patrióticos, sitio de la eternidad de mi padre.

Precisamente mi padre que habría sido marginado de la sociedad como un empresario privado si no hubiera por el amor y confianza de grandes Líderes, se dirigía allí hecho un mártir patriota.

Abrazando el féretro grité con lágrimas.

–¡Papá! ¿Sabes a dónde vas? Estás yendo al Cementerio de Mártires Patrióticos. ¡Que abra los ojos siquiera una vez! ¡Que me escuche, por favor!

Fue el día del mes más frío del año, pero caían rayos solares. El sol arrojaba sin escatimar sus rayos calientes al Cementerio de Mártires Patrióticos.

Epílogo

Mi padre Song Tae Gwan registró una trayectoria orgullosa de la vida sin desviación alguna bajo la minuciosa atención de los grandes Líderes.

El amor hacia mi progenitor no tenía su límite.

En septiembre de 1998, el Dirigente Kim Jong Il, en su camino de regreso de la inspección del frente, visitó al Cementerio de Mártires Patrióticos reconstruido.

Lo recorrió durante nada menos 4 horas hasta oscurecer. Miró una tras otra las fotos grabadas en las lápidas recordando los méritos de cada uno que merecían registrarse en la historia.

Cuando llegó a la lápida de mi padre, señaló que era un empresario patriótico a que conocía bien el Líder Kim Il Sung y que el difunto había acumulado muchas hazañas durante su vida.

Después de que esa noticia fue dada por los periódicos, radios y televisión nosotros, los siete hijos fuimos al Cementerio de Mártires Patrióticos con las flores en las manos en recordación del padre.

Seguimos la trayectoria del recorrido del Dirigente mirando las fotos de los mártires entre ellos figuraban altos funcionarios del Partido y Estado, personas de méritos en la construcción de Partido, Estado y Ejército, los combatientes caídos en la lucha por la reunificación, científicos y personajes de fama del sector de la literatura y arte.

En ese cementerio que los compatriotas en ultramar consideran “sitio para los altos funcionarios” estaba yacido mi padre.

Llegamos a la lápida del padre. Él nos recibía con el semblante serio.

Depositamos ramos de flor. Con la vista fija en su foto intercambié palabras de corazón con mi padre.

“¡Papá! ¿En qué está pensando?”

Se me oían sus palabras de petición encarecida.

“Oye mi benjamina, te pido con manos en el corazón que siga el camino de fidelidad al Dirigente Kim Jong Il en lugar de tu padre. Que respondas a tal solicitud generación tras generación. Y ten presente que todos, sea cual fuere, pueden abrazarse en el regazo de gran amor al dedicar su conciencia limpia a la patria y el pueblo y que sólo en él pueden disfrutar de la felicidad de vida.”.

Sus palabras me enseñaban la verdad invariable de la vida humana. Creo que la sabrán todos al visitar ese Cementerio de Mártires Patrióticos.

EMPRESARIO PATRIOTA

Autor: Song Song Hui

Redacción: Yun Yong Il

Traducción: Kim Ho Sik

Ediciones en Lenguas Extranjeras
República Popular Democrática de Corea

Agosto de 110 de la era Juche (2021)

E-mail: flph@star-co.net.kp
http://www.korean-books.com.kp


ISBN 978-9946-0-2031-0
9 789946 020310 >

